

WALTER BENJAMIN Y SU INTERPRETACIÓN DE FRANZ KAFKA*

Juan Esteban Pizarro Betancur[©]

Resumen

En 1934 Walter Benjamin publicó un artículo titulado: “*Franz Kafka. En el décimo aniversario de su muerte*”, en el cual el crítico alemán desarrolla algunos de los aspectos más relevantes de la obra del escritor checo. El presente texto pretende ahondar, por medio de las nociones de tiempo y prehistoria, elementos básicos sobre a partir de los cuales Benjamin busca interpretar temas recurrentes en la obra de Kafka: la autoridad, la culpa, la ley, las formas de organización humanas y un aspecto relevante de su escritura, que se presenta en muchos de sus relatos, el recurso de la parábola.

Palabras clave: Walter Benjamin, Franz Kafka, temporalidad, prehistoria, parábola, conciencia.

Abstract

In 1934, Walter Benjamin published an article entitled: “*Franz Kafka. On the tenth anniversary of his death*”, in which the German critic develops some of the most relevant aspects of the Czech writer’s work. This text is intended to delve into the notions of time and prehistory, as basic elements used by Benjamin to interpret recurrent themes in Kafka's work: authority, guilt, law, forms of human organization and one relevant aspect of his writing, present in many of his stories, which is developed by using the resource of parable.

Keywords: Walter Benjamin, Franz Kafka, temporality, prehistory, parable, awareness.

* Este artículo se presenta en el marco del Seminario Trabajo de Grado de la Maestría en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT.

[©] Candidato al título de Magister en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT. Licenciado en Español y Literatura de la Universidad de Antioquia. Especialista en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT.

Introducción

Walter Benjamin escribe, en 1934, el ensayo titulado “Franz Kafka. En el décimo aniversario de su muerte” (1961:213-238). El interés que presenta el escrito se debe al alto nivel interpretativo que se alcanza sobre la obra de Kafka. Benjamin logra integrar lo pensado por este escritor con algunas características primordiales de la vida humana: formas de organización, la concepción de la autoridad, la ley, la culpa y manifestaciones expresivas antiquísimas, representadas por el gesto. También el ensayo muestra el interés por el modo en que Kafka integra a su escritura el recurso literario de la parábola. Un número importante de sus narraciones demuestran esta posición interpretativa.

El ensayo de Benjamin hace una reflexión fundamental sobre el tiempo, especialmente sobre cómo se perpetúan los estados originarios de la experiencia humana. Se habla, por ejemplo, de las antiguas relaciones entre el padre y el hijo, donde el primero siempre indica el principio de autoridad familiar; mientras el segundo, ocupando un lugar inferior, será culpable y jerárquicamente inferior ante la ley impositiva que caracteriza al padre, escala jerárquica que se ha conservado a través del tiempo, “lo que aquí se debate es un proceso sin fin” (Benjamin, 1961:95). El tiempo muestra una constante, una forma de permanencia de los modos en que el hombre construye las condiciones fundantes de su existencia.

La asociación que alcanza Benjamin entre literatura y pensamiento es de un gran refinamiento. Logra llevar la concepción misma de la interpretación a un nivel en el que dicha integración permite la contemplación de otra vía, y en el que lo narrativo revela importantes nociones para un estudio más universal de la obra de Kafka. Así, narraciones como “La construcción de la Muralla China” sería la integración entre cómo se interioriza la noción de “autoridad” y cómo ésta se desarrolla en la vida humana a través de una toma de posición en el curso de la realidad.

El modo como dicha noción se dinamiza en el tiempo revela una forma de afirmarse en lo originario. Tomar conciencia es, en este caso, reconocer una línea de pensamiento reiterativa en Kafka, según la cual la aplicación de la ley se deduce de una necesaria aceptación de la culpabilidad que no se aplica a un condenado en particular sino a la totalidad de los hombres que

la autoridad como culpables. ¿Cuál es la culpa? Nuestra misma inferioridad y el desconocimiento trágico de los móviles secretos que hacen actuar al legislador omnipotente, que están proyectados en las distintas figuras dadas en el tiempo representas en la soberanía de la autoridad.

El interés en el ensayo de Benjamin está puesto en sus alcances de pensador. Gershom Scholem, gran admirador y estudioso del intérprete, lo presenta del siguiente modo:

Lo fue en todas las fases de su actividad y en cada una de las formas que ésta adoptó. Visto desde afuera, escribía por lo general sobre asuntos de literatura y arte, con frecuencia también acerca de fenómenos situados en la frontera de la literatura y la política, y sólo raras veces sobre objetos reconocidos y juzgados convencionalmente como temas de la filosofía pura. Pero lo que en todo esto lo movía era las experiencias del filósofo. Con la palabra “metafísica” se aludía a la experiencia filosófica del mundo y su realidad y ciertamente era este el uso que le daba Walter Benjamin. Él era un metafísico, diría incluso: el caso puro del metafísico. (Scholem, 2004:19)

Esta reflexión permite considerar un asunto relevante: el influjo que el judaísmo tuvo sobre su vida, aspecto que se verá reflejado, con toda su fuerza, en muchos de sus relatos presentados en forma de parábola, núcleo esencial de cómo Kafka construye su imagen del mundo. La parábola guarda lo originario en el tiempo, lo que se conserva como una regla inmutable que trasciende al hombre y lo somete a un destino ineludible. Permite distinguir la norma como ley aplicada en la existencia institucional y su nivel narrativo, en el que esta aparece como potencia alegórica.

Es innegable el interés que tiene Benjamin para encontrar una base milenaria a las ideas que Kafka plasma en su obra. Podría hablarse, entonces, de una sustancia básica que, a un hombre hipotético en cualquier tiempo, se le hace irreconocible como si dicho sustrato se diluyese en la memoria inmediatista del devenir y tomara una distancia abismal frente a lo que cuida la conciencia como permanente. De esta manera, puede pensarse que Kafka establece un puente a través de esta distancia, que intenta desocultar presentaciones humanas que no son de ahora sino que están dispuestas como principios repetitivos en el tiempo.

De acuerdo con lo anterior, se evidencia en la interpretación de Benjamin un perfeccionamiento, es decir, una apropiación donde el ideal hermenéutico de participar vivamente del lenguaje de la tradición tiene un protagonismo indiscutible. Por lo tanto, la lectura de Kafka, permite identificar fundamentos de carácter universal que recuperan un necesario desplazamiento del hombre hacia su origen.

1. Tiempo y conciencia

El estudio sobre el pensamiento de Kafka es, para Walter Benjamín, una prioridad, no sólo por la precisión de su narrativa sino, además, por otros aspectos que adquieren las dimensiones de una interpretación de carácter temporal. Estos aspectos lo proyectan dentro de una tradición e, igualmente, en una imagen del mundo paralela a la realidad. Dicha tradición hace referencia a antiguas culturas, especialmente al judaísmo antiguo que, de acuerdo con Benjamín, atraviesa una parte importante de la obra de Kafka. Este judaísmo se identifica con temas como la culpa, el castigo, la ley, el olvido e incluso la vergüenza, lo que revela una conexión con las nociones básicas que se introducen permanentemente en la narrativa kafkiana.

Desde esta perspectiva, Scholem plantea que la búsqueda incansable de Benjamin por aproximarse a la obra de Kafka es influenciada principalmente por la tradición judía (Scholem, 2004:46). También expresa que:

Benjamin, que sentía una gran afinidad por este autor-Proust y Kafka-eran los autores con los que se sentía más íntimamente en confianza. Veía en las interpretaciones que a menudo se encuentran en Kafka el sedimento de la tradición de la Torá reflexionando sobre sí misma. (Scholem, 2004:47)

Este sentido que proyecta Benjamin en la obra de Kafka va adquiriendo dimensiones temporales mucho más lejanas que parecen trascender a la misma tradición, como si se estuviese hablando de un momento en el que principia la ordenación de las cosas o el sedimento del que habla la cita, que se hace visible como conciencia en su modo de consolidarse en el tiempo. Benjamín, al respecto, afirma que “la época en que vive (Kafka) no significa para el ningún progreso sobre los comienzos prehistóricos. Sus novelas desarrollan el mundo palustre”

(Benjamin, 1961:229). Es la condición humana en estados permanentes, en modos de ser que se mantienen inalterables.

Una situación de consideración, que trae Gershom Scholem al hablar de los intereses de Benjamin por Kafka, está en que ve en autores como este un cuerpo de ideas e imágenes con un espíritu de rebeldía, que posee una dinámica de pensamiento crítico que penetra las formas de disposición de los sujetos en la realidad, revelando sus manifestaciones más recónditas y ocultas. En este sentido, la crítica se presenta como un desciframiento de los códigos de la apariencia que se impone a sí mismo el hombre para encubrir su mayor miseria, la incapacidad de auto comprenderse. Asimismo, Scholem expone:

Benjamin ha desarrollado un sentido extraordinariamente preciso y fino para los elementos subversivos en las obras de los grandes autores. Era capaz de percibir la marcha subterránea de la revolución cuya concepción del mundo poseía rasgos absolutamente reaccionarios. (Scholem, 2004:45).

Ese elemento reaccionario tiene mucho que ver con la manera en que Kafka se desplaza temporalmente. Es como si tratara de hacerse cargo del olvido en el cual se hunde el hombre. Deja de reconocer los medios para encaminarse hacia el tiempo del nacimiento de su propia conciencia. Allí estarían condensadas las posiciones que ha fundado frente a lo que puede considerarse “realidad”, que sólo parecen servir como un extenso escenario en el cual se crean, desarrollan y terminan sus actuaciones.

A este respecto, Scholem expresa que: “surge continuamente en Benjamin el discurso de lo subversivo, que abre para él nexos profundos entre los fenómenos observados.” (2004:45). En un artículo que escribe Fernando Contreras Castro, en el año 2003 a propósito del ensayo de Benjamin, se hace referencia al modo como la obra de Kafka, después de su muerte, fue condenada por parte del partido nacionalsocialista alemán. Así, se confirma de una manera clara la posición de Scholem, que nos ubica en una dimensión importante para pensar las relaciones entre creación poética y política. Se sabe que Benjamin también fue objeto de la persecución de los nazis a tal punto que optó por el suicidio en su imposibilidad de escaparse, hacia la década de 1940.

En este acercamiento a las relaciones de Walter Benjamin y Franz Kafka, emerge la noción de tiempo como una conservación de la riqueza que se deja en la conciencia, por el modo como el primero aborda al segundo. En ese impulso interpretativo de Benjamin se halla un patrimonio de la expresión, del aparecer el lenguaje en su potencia renovadora que abre nuevas perspectivas al entendimiento y la autoreflexión.

Lo anterior revela, de una manera profunda, la existencia de una conciencia humana en la temporalidad, en la que todo acontecer experimentado en la forma concreta del mundo se organiza y entreteje internamente. Esto indica que toda experiencia reconocida o no, entra en el ámbito del sentido y la unidad. Para Benjamin, el pensar de Kafka logra reunir un tipo de mirada sobre lo humano que, difícilmente, deja en nuestro presente ausente de ésta. En su seguimiento de la noción de “prehistoria” devela el papel que representan los personajes más extraños concebidos por Kafka (mujeres, ayudantes, acusados, mensajeros y estudiantes). Todos ellos parecen conservar una antigüedad inaprensible en sus modos de manifestarse, cada uno parece guardar una función inalterable en el tiempo, que sigue presentándose en sus rasgos básicos:

Su existencia crepuscular hace pensar en la luz incierta que baña a los personajes de los cuentos breves de Robert Walser, autor de la novela “El Ayudante”, muy admirado por Kafka. Las sagas indias tienen los gandharva, criaturas embrionarias, seres en estado nebuloso. (Benjamin, 1961:98)

Lo anterior se evidencia aún más en la concepción que Kafka tiene sobre el poder y la autoridad, formas de conciencia que parecen haberse detenido en gestos y movimientos de reacción repetitivos en el tiempo. Tanto los mandos superiores como los funcionarios y aquellos que representan la figura del padre, conservan una actitud represora y acusadora. Los subordinados se mantienen en un perpetuo servilismo, imposible de entender desde una mirada comprensiva. El humillado sabe lo que es, de igual manera el acusado, sin embargo, el hecho de penetrar su propia condición implica perderse irremediabilmente en la acción asfixiante del poder.

¿Qué caracteriza una obediencia irreflexiva? Benjamin dice, siguiendo a Kafka, que “estas criaturas carecen de una mirada racional sobre sus formas de dominio, comparten la chatura, la degradación y la suciedad. El uniforme del padre está manchado de la cabeza a los pies; su ropa interior esta desaseada. La suciedad es el elemento vital de los funcionarios” (Benjamin, 1961:94). No deja de ser extraña la persistencia de este estado parasitario en los personajes, una vez más el fenómeno del tiempo se hace presente. Se da a conocer su perduración, dentro de la organización humana como una jerarquización milenaria predominante. Se está hablando del lugar que ocupa cada ser dentro de un ciclo repetitivo, cuya estructura parece inmutable en el aparente estado de civilización que va alcanzando el hombre; por ello reafirma una vez más que “la suciedad es hasta tal punto atributo de los funcionarios que podrían ser considerados como parásitos gigantesco”. (Benjamin, 1961:94).

La fuerza persuasiva que logra Benjamin en su interpretación está ganada por el modo como consolida su pensamiento sobre el tiempo, en el amplio recorrido que hace por la obra de Kafka. Igualmente, por la coherencia en el ejercicio intertextual, en el que cada pieza de un relato o novela lleva a la fundamentación misma de esta noción. Narraciones como “La Construcción de la Muralla China”, *El Proceso* o *El Castillo*, ubican al lector en el centro mismo de este pensar:

Se trata aquí, de todos modos, del problema de la organización de la vida y del trabajo en la comunidad humana. Dicho problema ha preocupado a Kafka, por más que pareciese impenetrable. Si en el célebre coloquio de Erfurt con Goethe, Napoleón puso la política en el puesto del destino, Kafka- haciendo una variación- hubiera podido definir la organización como destino. (Benjamin, 1961:105).

En concordancia con esto, se da cuenta de la presencia de instituciones antiquísimas que, mantenidas en el tiempo, han perpetuado un aparato de poder omnímodo. Los hombres dedicados a construir la muralla china simplemente son entidades actuantes. Hacen parte del entramado de funciones que exige la obra. Por consiguiente, siempre estarán a una distancia inescrutable de la significación real del proyecto, incluso los jefes del obrero parecen igualmente desconocer todas las asignaciones y planes de un centro que dentro del relato se denomina el corazón del imperio.

Igualmente, las obras *El Proceso* y *El Castillo* muestran la complejidad de la jerarquía humana y la dependencia irracional de unos con otros. Cada componente de las oscuras maquinarias burocráticas debe conservar su lugar, por más insignificante y absurdo que sea. Todo debe mantenerse en un funcionamiento, semejante al de un mecanismo de relojería. Lo importante está en lo que cada una de estas creaciones poéticas sugiere: unos contenidos simbólicos y culturales derivados tanto de culturas milenarias como del judaísmo, de los cuales Kafka es heredero. Al respecto Benjamin aclara:

Entre los antepasados con que Kafka cuenta en la antigüedad, judíos y chinos, que aun tendremos ocasión de encontrar, no hay que olvidar a este griego. Ulises se halla en el límite que divide el mito de la fábula. Razón y astucia han introducido en el mito sus artimañas; sus potencias ya no son invencibles. La fábula es el recuerdo de la victoria sobre ellas. (1961:99).

La indagación de Benjamin sobre lo kafkiano deja entrever una necesidad de traslado a tiempos imposibles de aprehender desde la escritura. Puntos distantes e incomprensibles del tiempo, en el que sólo el gesto tendría el predominio absoluto sobre las relaciones humanas y su organización. Se da, entonces, un intervalo temporal dentro del cual se sintetiza lo real como estado de lo elemental, que puede ser considerado como inicio, y que se hace visible bajo cualquier forma del presente, donde apenas tienen una función reconocible. Benjamin en su ensayo insiste sobre el predominio del gesto, apreciado como la actitud o movimiento más antiguo en el hombre, que cumple un papel central en la narrativa de Kafka:

Puesto que solo se puede ver con certidumbre que toda la obra de Kafka representa un código de gestos que no poseen para el autor un claro significado simbólico, sino que son interrogados a través de ordenamientos y combinaciones siempre nuevas. (Benjamin, 1961:102)

El gesto sería un código elemental que define en sí mismo formas fundamentales de relación, las cuales hacen parte de la actuación del hombre en el espacio de lo real, ya que “El mundo para Kafka es un teatro universal, para él el hombre naturalmente se encuentra en escena” (Benjamin, 1961:224). El gesto es un movimiento que, intuitivamente, se entiende. Esto sucede en el relato “Ante la Ley” cuando el tártaro se yergue inmutable, con gesto feroz, para retrasar

indefinidamente el tiempo de la entrada del campesino ante la ley. Por años, el guardián sostiene esta actitud mientras el otro se aproxima a su muerte, en la tragedia de ignorar lo que pasa.

El seguimiento de estas características en el tiempo, lleva a Benjamin a retomar un antiguo estado del hombre, referido a sus primeras formas de organización en aldeas o poblados, los cuales tienen protagonismos importantes en varios escritos magistrales de Kafka. En *El Castillo*, desde las primeras páginas, ubica en este espacio específico, donde serán expuestos todos los entramados agobiantes y diabólicos de su compleja burocracia. Una presentación elemental que da cuenta del andamiaje oscuro que rige al mundo:

Quando K. llegó ya era tarde. Una espesa nieve cubría la aldea. La niebla y la noche ocultaban la colina, y ni un rayo de luz revelaba el gran castillo. K. permaneció largo tiempo sobre el puente de madera que llevaba de la carretera general al pueblo, con los ojos levantados hacia aquellas alturas que parecían vacías. (Kafka, 1984:5).

Es especial la introducción que hace Walter Benjamin de este aspecto. El poblado representa un espacio de asociación originaria. En estas primeras manifestaciones del orden entre los humanos están dadas todas las condiciones para las relaciones que establece una comunidad. Por lo tanto, la cita anterior da cuenta de la relación entre un pequeño poblado distante y su dependencia a una extraña construcción que es el castillo el cual, cuando se avanza en la lectura de la obra, adquiere la forma de un cuerpo de edificios decadentes y de mal aspecto. En la simpleza de estos poblados se funda la base de lo que será el mecanismo permanente en el crecimiento de las ciudades y sus modos avanzados de administración.

Kafka sitúa muchas de sus historias en poblados; algunas veces, con aire rural; otras, lejanos con un aire denso de historia antigua. Así sucede en aquellas aldeas cercanas a la gran muralla china o los barrios que van progresando en cercanía a la construcción de la torre de Babel. Sobre este relato escribe “cada asociación regional quería tener el barrio más bonito, lo cual provocaba altercados que se exacerbaban hasta acabar en sangrientos combates” (Kafka, 2003:746). Estos relatos, además de la organización, también describen un transcurso generacional de los hombres y su concentración, en la realización de determinadas obras, que sólo indican movimientos de relación y posición.

Para Benjamín, esta existencia del poblado tiene las mayores consecuencias en el modo como Kafka piensa sus textos, lo que conduce, directamente, a una de sus relaciones más profundas con el judaísmo, al igual que su concepción de la ley. Benjamin también piensa otra forma de poblado o aldea que tiene un carácter místico. En este sentido, cuenta lo siguiente sobre una leyenda Talmúdica, referida por un rabino:

En respuesta a la pregunta sobre el porqué el judío prepara un banquete en la noche del viernes: la leyenda se refiere a una princesa que languidecía en el exilio, lejos de su gente, en un poblado cuya lengua no comprendía. Un día recibe una carta que dice que el prometido no la ha olvidado, que se ha puesto en viaje y está en camino hacia ella. El prometido dice el rabino, es el Mesías; la princesa, el alma; el poblado en el que se halla desterrado el cuerpo. Y como no puede manifestar de otra forma su alegría al poblado que no entiende su lengua, le prepara un banquete. Con este poblado del Talmud nos hallamos en el centro del mundo de Kafka (Benjamin, 1961:226).

Esta forma del poblado parece provocar una ausencia del hombre de sí mismo, una “ajenidad” como la nombra Benjamin (1961:226). Es probable pensar que K, dirigiéndose a aquella aldea abajo del castillo, penetra, sin remedio, a su sin sentido que lo lleva a mantenerse en la periferia de la comunidad, bajo órdenes invisibles. Como consecuencia, será excluido de cualquier lugar o función que pretenda alcanzar.

2. Tiempo y prehistoria

La noción de “Prehistoria” se concibe como el momento de la dinámica humana donde comienzan a conformarse los estados originarios de un sentido organizador de la existencia. Sin embargo, no se precisan en el ensayo de Benjamin aquellas características que podrían dar contornos más claros a lo que define esta noción. La manera en que se presenta sólo deja ver direcciones de sentido que conducen a la idea de un tiempo no reconocible y, especialmente, olvidado en el curso de la temporalidad. Benjamin, refiriéndose a la creación narrativa de Kafka, muestra que:

Es más fácil extraer consecuencias especulativas de la edición póstuma de las notas de Kafka que esclarecer uno solo de sus temas que afloran en sus cuentos y novelas. Pero sólo ellos pueden iluminar las fuerzas Prehistóricas que afrontó Kafka, fuerzas que pueden a sí mismo ser consideradas como las potencias históricas de nuestros días ¿Quién dirá bajo que nombre se le han aparecido a Kafka? Sólo esto es cierto: Kafka no pudo orientarse entre ellas, no las conoció. Únicamente vio aparecer, en el espejo que la prehistoria le presentaba en la forma de la culpa, el porvenir en la forma de juicio. (Benjamin, 1961: 228).

Esto puede ser evidente, en la noción de culpabilidad que Benjamin introduce en su texto, donde se evidencian los niveles que la conciencia alcanza en el tiempo. Así, un hombre, puesto en el presente tendría limitada la posibilidad de desplazamiento hacia una experiencia de este tipo, pues aún siendo culpable ante una autoridad que persiste, no se percibe familiar o cercano ni a la noción de una culpa universal, ni al origen de ésta: ambos son manifestaciones irreconocibles en su conciencia. La noción de prehistoria, en el ensayo de Benjamin, se manifiesta como una forma de conciencia. La escritura hace las veces de su auto manifestación que la esclarece. Esto comienza a tomar cuerpo como una dinámica red conceptual donde la obra de Kafka ayuda a la expresión de nociones encubiertas por la forma narrativa del lenguaje.

En este sentido, una obra como la de Kafka conserva los rasgos propios de una expresión absoluta de lo humano que apunta a una conexión temporal con formas del pensar universal. Se da cuenta, entonces, de una reflexión fundamental sobre el hombre, mantenida en un *continuum* dentro del tiempo de la conciencia. Así, la prehistoria funciona como una asociación directa al origen que es igualmente el establecimiento de toda condición de organización y continuidad de los hombres. En este devenir, se conservan las formas universales en que el lenguaje se mantiene almacenado en la conciencia. Ésta dirige la mirada hacia aquello que siempre se atiende. De esta manera, Benjamin es consecuente con el sentido de la temporalidad misma cuando enfrenta, en su ensayo, asuntos tan cruciales como el de ley. En ella se muestra todo el sentido de mantenimiento en el lenguaje, pronunciado en todos los tiempos para ser atendido como una presencia consciente. La ley se plantea como un desarrollo primordial del hombre. La regulación humana y sus maneras de organización retroceden más allá de todo tiempo que pueda leerse en cualquier presente. Para Benjamín:

En la prehistoria las leyes y las normas definidas permanecen como leyes no escritas. El hombre puede violarlas sin saberlo e incurrir así en el castigo. Pero pese a la crueldad con que puede herir a quien no se lo espera, el castigo en el sentido del derecho, no es un azar sino un destino, que se revela aquí en su ambigüedad. (Benjamin, 1961:216)

No hay señal clara sobre el momento del origen de la ley, sin embargo, es posible darse cuenta de sus efectos más remotos, por ejemplo, la imposibilidad que tiene el hombre de escapar de una oscura culpa que se impone, no únicamente ante la visión de un Dios infalible y omnipotente sino en la representación de toda autoridad que siempre tendrá un profundo vínculo con lo sobrenatural. El tiempo se revela como un proceso intelectual del ser, en el cual el lenguaje es esencialmente conservación de la experiencia del mundo en la conciencia, primordialmente, para ser pensado. O sea, lo pensado es el lenguaje.

Así la ley establece un aspecto inamovible del orden de lo real, se puede decir: la ley se aplica, pero su permanencia no está en el modo como se le imprime consistencia explicativa a un hecho normativo sino en el cuidado que se le da en el lenguaje como noción. De aquí que se haya dicho, anteriormente, que lo escrito por Benjamin indica la auto-manifestación de la propia conciencia, pues este autor acompañado de la narrativa de Kafka deja ver para el pensar, no la realización concreta de la ley en la relación entre hombres, sino el modo en que la conciencia la cuida en su fase ideal.

La estructura de este ensayo muestra que la estimación de la ley, en muchos de los relatos de Kafka, lleva a pensar en manifestaciones antiquísimas de ésta, las cuales se conservan de manera permanente, e inmutable, inscritas en la dinámica ordenadora y universal de la conciencia. Estas manifestaciones funcionan a la manera de aprehensiones comprensivas en el tiempo, y que son un principio de sostenimiento que permite a los seres, aún en el caos, conservar su equilibrio y armonía que los sostiene en su pugna. Lo antiquísimo, de lo que habla el crítico, son milenarias parábolas conservadas en el talmud o preceptos anteriores a las doce tablas romanas; todo mantenido en el decir del lenguaje que cada presente actualiza en su aspecto. Una antigua parábola del talmud relata: ¿Con qué pueden compararse las palabras de la ley?

Las palabras de la ley pueden compararse al fuego, como el fuego vienen del cielo y como el fuego son perdurables. Si un hombre se acerca mucho a ellas se quema y sí se aleja se hiela. Si son instrumento para su trabajo, salvan al hombre, si se sirve de ellas como medio de ruina, lo pierden. El fuego deja la marca en todos los que lo usan. Eso mismo hace la ley, cada hombre dedicado al estudio de la ley lleva impreso el sello de su fuego en sus hechos y en sus palabras. (Sifré Deut. Berakah, 343) (Garibay, 1976:149)

Las anteriores palabras, son una manifestación del pensamiento que, atravesando los siglos, hace referencia al espíritu que gravita sobre la obra de Kafka, cuya esencialidad en su construcción parte de éstas condensaciones de sabiduría milenaria. Lo evidente son las consecuencias del tiempo, en las transiciones del ser del hombre o del modo como una sentencia abarca la universalidad del principio que orienta el curso definido a las actuaciones de éste en el mundo. La ley, en la parábola, simboliza algo más que una mirada a la habitual rutina de la realidad, marca su trasfondo, lo que la precede.

De este modo, la parábola ejerce su legislación desde una distancia a la que es imposible aplicarle un cálculo mecánico. Sólo se dice que la ley puede compararse con el fuego y su perdurabilidad, un fuego que implica una conciencia primigenia, un conocimiento que traspasa los tiempos y los hombres. Se podría pensar en preceptos escritos pero hay un algo más que hace una referencia sutil al carácter eterno del fuego, y es su simbolismo de lo permanente, de lo que ningún presente pueda abarcar.

Benjamin insiste en algo que surge de lo anterior para referirse a algunos escritos de Kafka que conservan esta reflexión, escritos donde se estudia el problema de la ley, que se extiende a los dominios de una autoridad enigmática que, como la parábola del talmud, “quema al que se acerca” (Garibay, 1976:149) o “hiela al que se aleja” (Garibay, 1976:149)”. Esto indica un estado que la misma parábola contiene: el sentido de salvación o ruina. Dos caminos interpretativos importantes para entender al creador literario. Cuando en la parábola se afirma “el fuego como la ley dejan una marca en aquel que la usa” (Garibay, 1976:149), lleva a pensar que la legislación no está en manos de los hombres, más bien ésta los somete ante su voz (Garibay, 1976:149). Las relaciones ante la ley quedan marcadas, fundamentalmente, por su desconocimiento y olvido. Aquel jurista que se prepara en su aplicación sólo atiende a la

memorización técnica de unos códigos que siguen siendo apariencias de la ley. Asimismo, sufre el desconocimiento de su plena realidad. Ante la acción de la ley, hasta el mismo juez pone en evidencia una ausencia profunda de sentido. El condenado recibe el peso de una carga que puede leer desde sus actos, pero nunca desde la dimensión que éstas implican en el tiempo; indicando que esta culpa jamás alcanza el rango de autoconciencia.

Esto sucede en la novela *El Proceso*, en la cual se da una especie de inversión en la lógica universal de la ley tornándose absurda y laberíntica en manos de los hombres, y surgiendo repentinamente con todo su ímpetu originario, lo que de manera análoga podría entenderse a la luz del mito de Moisés cuando recibe la ley directamente de Dios. Sólo en ese presente se establece una alianza eterna de cumplimiento con el creador y un pensamiento escrito con fuego como “Amarás a tu Dios sobre todas las cosas”. Indica algo que aún no alcanzamos a entender y que, por ello, la vida se vuelve como la madriguera de un topo, llena de galerías subterráneas, salones de almacenamiento e infinitas vías muertas.

Para Benjamin habría un juego literario con la tergiversación del sentido. Esta es una de las virtudes de Kafka: hacer ver al revés lo que, en esencia, debería mostrarse como el orden social. Así, el final de la parábola dice “cada hombre dedicado al estudio de la ley lleva impreso el sello de su fuego en sus hechos y en sus palabras” (Garibay, 1976:149). En el universo kafkiano, estos estudiosos serían hombres ineptos ante la voz de la ley. Nunca entenderían el verdadero papel que cumplen frente a los preceptos. Se resecan en agujeros institucionalizados en los cuales los funcionarios parasitan entre la suciedad, cumpliendo su función dentro de una inercia ininteligible. En estas circunstancias, Moisés vendría a convertirse en un hombre del subsuelo, un terrible personaje al que, después de bajar del monte Sinaí, ya no le resplandece el rostro sino que, metido en una cámara subterránea, esconde las tablas y hace un largo monólogo sobre la condenación eterna de Israel. El desconocimiento de aquellas leyes marcadas con fuego nunca se podrá conocer, quedarían hundidas en la oscuridad.

La parábola en sí misma es conservación. Sintetiza los principios que persisten en la conciencia, como concentraciones únicas y definitivas de la experiencia. Estas condensaciones tienen en Kafka un puesto de la mayor relevancia en su escritura. Logran mostrar estados que de

otro modo no podrían ser revelados. Se trata, entonces, de un tiempo que debe enfrentarse para entender la significación totalizante que allí se dice. Implica un nuevo proceso de comprensión, desconocido hasta el momento, que se nutre de nuevos estímulos y significados.

Benjamin afirma que muchas de las construcciones de Kafka son grandes parábolas que intentan abrir senderos en el tiempo inmemorial, caminos que conducen al hombre a recordar modos de ser olvidados o conocidos parcialmente por su desfiguración en los estratos de la cultura. Benjamin muestra en estas parábolas la recurrencia al protagonismo de animales a los modos de organización primaria, a la presencia de entidades cercanas al hombre que, en su evolución abstracta, se hacen complejas e inalcanzables para el entendimiento. Estas pequeñas parábolas, por ejemplo “Odradek” en el relato “La preocupación del padre de familia” (Kafka, 2003:203), nos llevan una vez más a pensar en la Prehistoria Odradek: no tiene una figura definible, es un ente primario, del cual se desconoce el origen de su nombre. En “Un Informe para una Academia” (Kafka, 2003:216), el simio que cuenta ante un público su proceso de convertirse en hombre muestra la paradoja de perder su mundo de libertad como primate. En el mundo de los hombres, donde solo existen salidas fingidas, pero no libertad. En Kafka, estas formas primarias tienen la mayor relevancia, ya que:

Es posible leer durante largo rato las historias de Kafka sin advertir que no se trata en ellas de hombres. Cuando tropieza con el nombre del protagonista -el mono, el perro o el topo- el lector alza los ojos espantado y descubre que se halla ya muy lejos del continente del hombre. Pero Kafka es siempre así: quita del gesto del hombre sus sostenes tradicionales y tiene de tal suerte un objeto para reflexiones sin fin. (Benjamin, 1961:222).

Aquí se observa que estas figuras literarias, cercanas a las fábulas, están hablando del origen mismo en la configuración del orden o cómo los seres humanos y los objetos físicos se establecen en un lugar con unas formas de actuación que los caracterizan. Hablar de “Prehistoria” es dirigir la mirada a lo oculto, del mismo modo como se cimenta la creencia en el mito, donde la única fe en la existencia de un personaje como Aquiles está dada por la seguridad de su transmisión, en una tradición que cuenta sus hazañas y las pone cercanas al ser del hombre de aquel tiempo. La “Prehistoria” también tiene sus rasgos y quizás, el más destacado sea el gesto como una constante en la acción silenciosa del ser.

Conclusiones

A partir de la elaboración de nociones como tiempo, prehistoria, conciencia y parábola, Walter Benjamin se acerca al universo de Kafka para mostrar el entramado simbólico que subyace en sus novelas y relatos más sobresalientes. Estas nociones dan unidad a la interpretación de la obra narrativa, pues en ella se descubre un nuevo cuerpo de nociones (ley, culpa, autoridad, organización de la vida) que, vinculadas a las primeras, dan cuenta de un fundamento histórico en el pensamiento que el escritor plasma en su creación.

La interpretación de Benjamin está guiada por la temporalidad. En la obra de Kafka habita un elemento de lejanía que subyace a la misma comprensión, pues se posa en lo elemental y prístino de nuestra naturaleza. Aquí, se ve la característica principal de la noción de prehistoria desde la cual se intenta justificar aspectos que conservan un rango milenario en lo que narra Kafka. Los modos como actúa, por ejemplo, la ley o el proceder del hombre en sus formas de organización, siguen manteniéndose vigentes. Son fenómenos repetitivos en el tiempo que parecen olvidados en su sentido fundamental por la inconsciencia de la cotidianidad.

Las nociones que Benjamin destaca en Kafka suponen, igualmente, una pervivencia en el tiempo de cosmovisiones antiquísimas (judaicas, chinas, griegas) las cuales se mantienen constantes para ser leídas como patrimonios invaluable en la comprensión de la actuación humana en la realidad. El ensayo de Benjamin hace frente a las preguntas que el hombre podría suscitar en su papel de testigo de un tiempo y una época determinada.

Referencias

Benjamin, Walter. (1961) “Franz Kafka. En el décimo aniversario de su muerte”. En: *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Caracas: Monte Ávila, p. 213-238.

Castro Contreras, Fernando. (2003) “Tentativa de los enigmas (Walter Benjamin habla de Kafka)”. En: *Ciencias Sociales*. 100. Vol. II. P. 103-111.

Garibay, Ángel María (1976) *Sabiduría de Israel*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kafka, Franz. (2003) *Narraciones y otros escritos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-

Kafka, Franz (1984) *El Castillo*. Bogotá: Seix Barral.

Scholem, Gershom (2004) *Los nombres secretos de Walter Benjamin*. Madrid: Trotta.